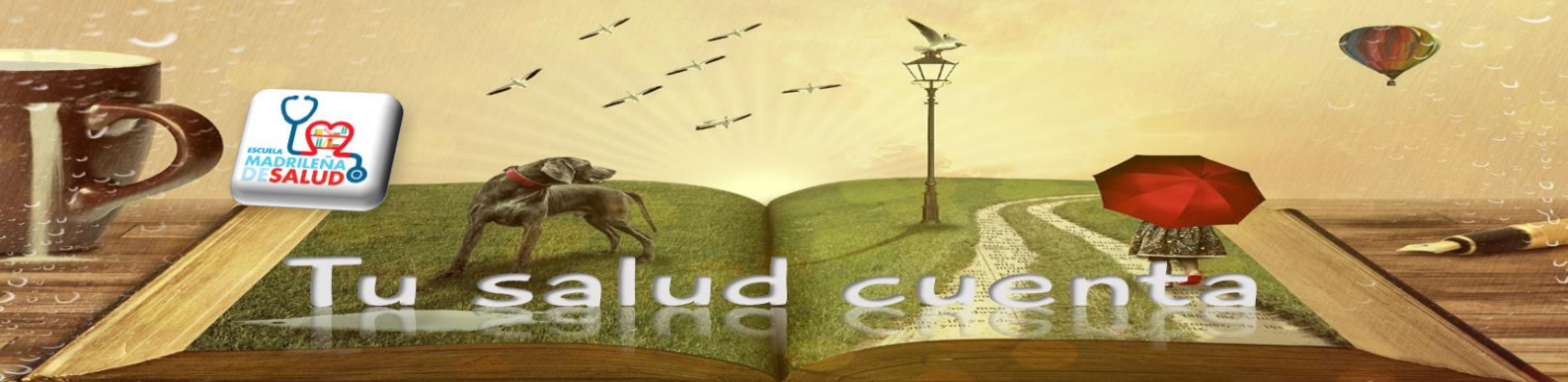


EL HADA MADRINA





Todos tenemos un Hada Madrina, ¿lo sabían? Algunas veces lo llamamos Ángel de la Guarda, otra veces, la Voz de la Conciencia, es que, como es Hada, tiene muchos nombres, porque como las Hadas son mágicas, pueden aparecer bajo muchas formas. Ésta es la historia de un Hada que tuvo mucho trabajo.

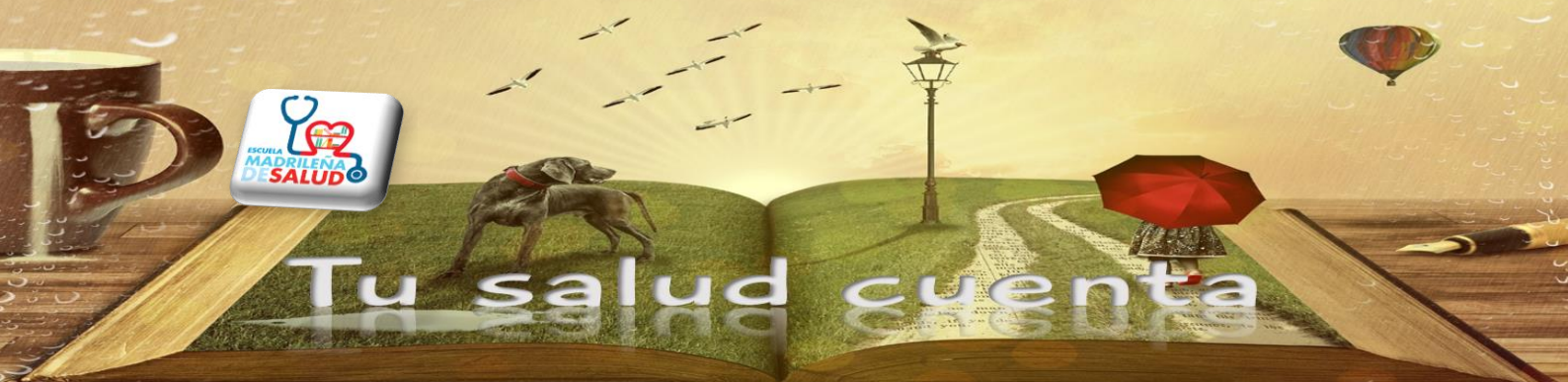
Un día, su “querida persona acompañada”, que así es como nos llaman ellas, porque nos quieren mucho, tuvo un accidente. Estaba trabajando para mantener a su familia, que estaba formada por su mujer y sus dos niños a los que amaba y por los que era capaz de hacer muchos sacrificios.

En un instante en el que su compañero se despistó, la máquina saltó y le hizo una gran herida en el brazo. En ese momento no pensó en nada, sólo se imaginaba la carita de sus niños que le esperaban en casa, sólo eso veía en su mente.

Parecía extraño, todo el mundo fue a socorrerlo, lo cogían, lo levantaban y él sentía como si su cuerpo no fuera el suyo, como si estuviera viendo una película: no sentía nada. Le hablaban al oído y él respondía, pero los escuchaba como si estuvieran muy lejos y no entendía muy bien qué le preguntaban, aunque él intentaba contestar.

Rápidamente, se encontró dentro de una ambulancia que lo llevó a un hospital. Por el momento, seguía inmerso como en esa especie de película que continuaba sin poder detener y sin poder salir de ese papel que le hacía sentir incómodo.

Cuando lo bajaron de la ambulancia, vio a enfermeras y médicos que lo rodeaban, que lo atendían y le hacían preguntas. Se les notaba serios y concentrados en su trabajo y él continuaba con una sola imagen en su mente: sus niños y su esposa, que, por cierto, ¿dónde estaban? ¿Les habían dicho que él estaba en otro sitio? ¿Les habían comunicado que él no estaba en su trabajo? ¿Y si iban a buscarlo y no lo



encontraban? ¿Y si se asustaban sus niños porque él no estaba esperándolos para ir al parque...?

Y entonces fue cuando salió de la "película", salió de aquel papel en el que se hallaba inmerso, para asumir la realidad de que no estaba actuando, de que ese brazo era el suyo, de que toda esa gente lo estaba atendiendo a él, y entonces se dio cuenta de que le dolía y, con un gran suspiro quejoso, exclamó:

- ¡Mi mujer!, ¿mi mujer dónde está?
- Está de camino, quédese tranquilo, ella está bien y viene hacia aquí. ¿Sabe usted dónde estamos? le contestó alguien que le estaba atendiendo.

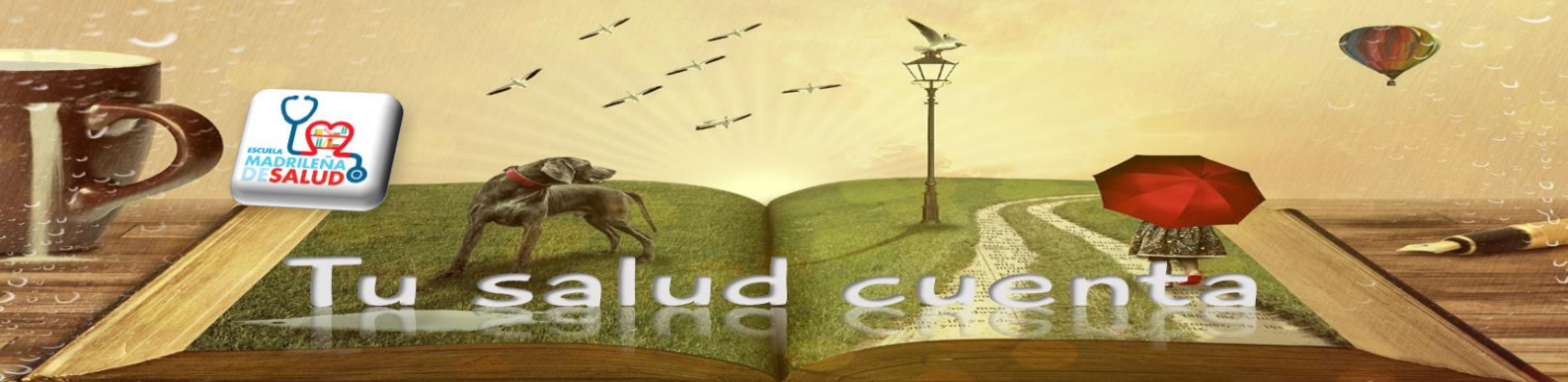
Entonces, levantando la cabeza, miró a su alrededor y contestó:

- En un hospital, ¿qué van a hacer? Me está doliendo el brazo.
- Le están pasando los calmantes, enseguida le harán efecto y sentirá alivio, si no es así, no se preocupe, que le pondremos más medicación volvió a contestarle alguien.

En ese momento, apoyó la cabeza y sintió algo de alivio.

Las imágenes de su familia continuaban bailando en su cabeza junto a mil temores que iban apareciendo: ¿perdería el brazo? ¿Se quedaría sin trabajo? ¿Le quitarían su casa? ¿Qué había sucedido realmente? ¿Qué día era? ¿Era todavía martes o ya había terminado la semana?

Su cabeza iba a ritmo acelerado en un intento de volver a la realidad y ordenarla para comprender lo sucedido, pero al mismo tiempo, sentía la invitación de relajarse y dejarse llevar, aunque esa sensación le daba miedo, porque perdería el control y quedaría a expensas de otras manos, y eso le aterraba. De repente, recordaba nuevamente a su mujer y hacía el esfuerzo por levantarse, pero las fuerzas le fallaban y volvía a tumbarse en la camilla.



En esa lucha estuvo inmerso por un espacio de tiempo indeterminado, pero en un segundo algo cambió. Comenzó a escuchar una débil voz venida de algún sitio que le decía:

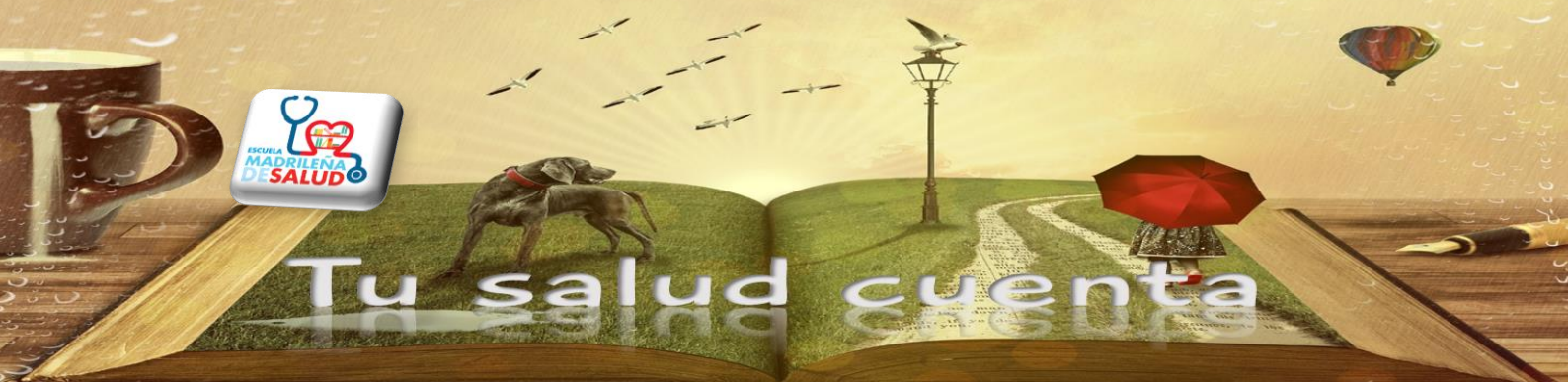
- ¡Tranquilo, no tengas miedo! Como tantas veces, estoy aquí: no estás solo abrí los ojos, pero no distinguí a nadie conocido, y la voz continuó.
- Sí, tranquilo, todo está bien, todo pasa y este momento también pasará.

Entonces, como si una compañía incondicional se le acercara, sintió que verdaderamente no estaba solo. Alguien le hablaba a él, a él en concreto, y con tanta convicción, que le hacía estar sereno y convencido de que así era, que lo que le decía no era mentira. Intentó ponerle cara a aquella voz, y la cara que le puso fue parecida a la de su madre, recordando de repente aquel día en el que, enfadado con un compañero, terminó en el suelo con una herida en la pierna por intentar defenderse.

Sí, aquella cara conjugaba perfectamente con esa voz, pero no era exactamente igual a la de su madre. Entonces, recordó el cuento de su abuela, el cuento del Hada Madrina: ¡sería su Hada Madrina! Sí, su Hada Madrina había aparecido para consolarlo, él nunca había tomado en serio a ese personaje, siempre le pareció un cuento de niños! Pero ahora la había escuchado, ¿quién sería sino ella? ¿Quién podía hablarle tan de cerca y tan desde dentro sino ella? Sus palabras se le habían quedado grabadas y lo consolaban, las repetía en su memoria:

- ¡Tranquilo, todo está bien! Todo pasa y este momento también pasará, no estás solo.

Al poco rato ya no pudo pensar más, un velo negro se corrió ante él y no se enteró de qué sucedía. Cuando despertó, seguía rodeado de médicos vestidos de verde que le auguraban una pronta recuperación y le comunicaban que la cirugía



había sido un éxito. Que la recuperación le llevaría un tiempo, pero que todo saldría bien. Respiró profundamente al escuchar aquello. Estaba cansado, muy cansado, era como si un tren con ochocientos vagones le hubiera pasado por encima. El sueño lo vencía, pero esta vez era un sueño relajado y profundo, y él se entregó.

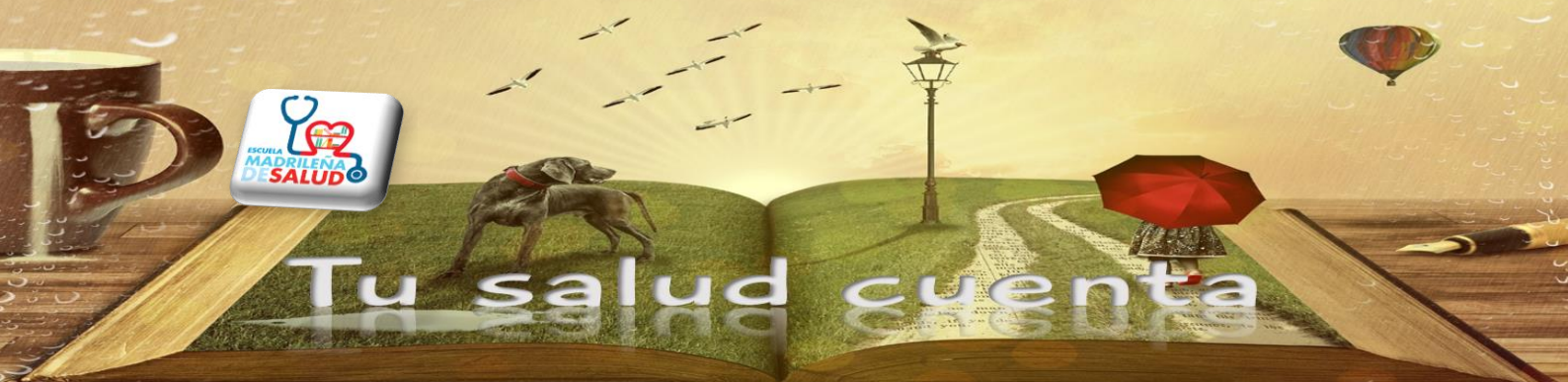
Pasadas ya varias horas, volvió a despertarse e, instintivamente, se miró el brazo que estaba vendado y colocado sobre una almohada. Y lo mejor fue descubrir que su esposa estaba junto a él y que le tomaba la mano. Entonces la llamó y se abrazaron fuerte y dulcemente. Hablaron durante un rato de todo lo sucedido, de lo que él recordaba y de lo que le habían contado sus compañeros cuando la llamaron a su casa. Su esposa le contó que los niños irían más tarde a verle acompañados de su abuela, y que no se preocupara, que todo saldría bien.

Ya casi era de día nuevamente y el sol comenzaba a entrar por la ventana de la habitación. Aquel día tan terrible había pasado como le había augurado su Hada Madrina, esos malos momentos ya habían pasado.

Con la mirada puesta en el sol, comenzó a recordar lo sucedido. Recordaba el momento del accidente, recordaba lo desorientado que estaba mientras lo atendían, recordaba la sala verde del quirófano, recordaba que, poco a poco, fue sintiéndose mejor y recordaba aquella voz que le hizo volver a su infancia.

Transcurrieron las horas y llegaron sus niños, a los que quería abrazar muy fuerte y contarles cómo los recordó a cada momento y cómo, a pesar de que le pasaban muchas cosas por la cabeza, a ellos no podía evitar tenerlos presentes. Los abrazó y los besó hasta que ellos le dijeron:

– ¡Papá, basta! ¿Qué tienes ahí?



Entonces les mostró la escayola que llevaba y les dijo que aquello le serviría para curarse junto con el vendaje de color amarillo que le habían colocado. Junto a ellos estaba su propia madre, que había traído a sus nietos y, entonces, mirándola, le agradeció las palabras que le había dicho para alentarlos... Pero, cuál fue su sorpresa cuando ésta le respondió:

- Hijo, me alegro de que hayas pensado en mí, pero ayer no vine al hospital, fui a recoger a los niños para llevarlos a casa.

“¡Qué extraño!”, pensó, estaba seguro de que aquella voz había sido la suya. ¿Quién iba a poder, en esos momentos, hablarle de esa forma el Hada Madrina? Quedó pensativo, pero continuó conversando y respondiendo un sinfín de preguntas que sus hijos le iban haciendo como a borbotones.

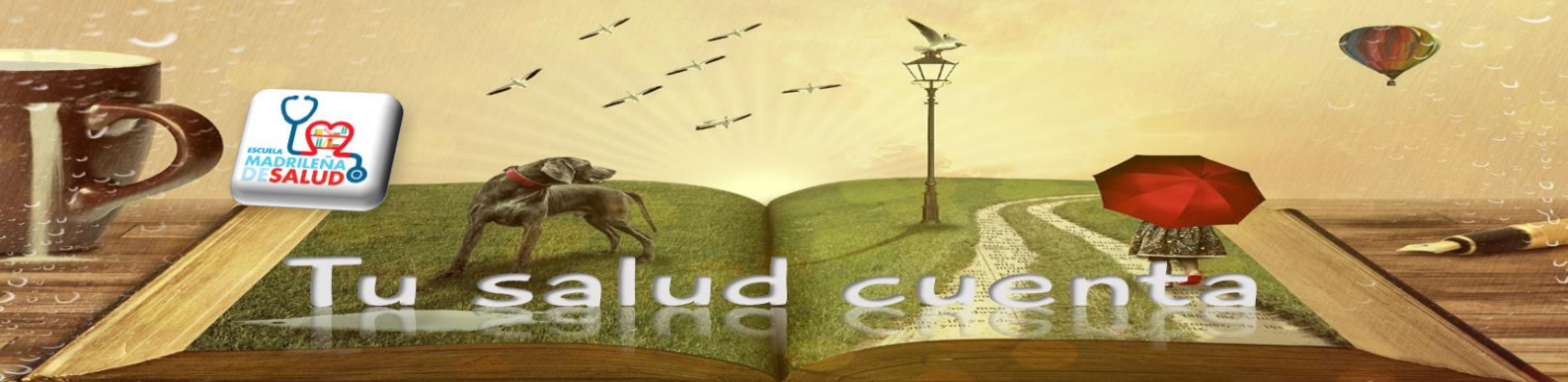
De repente, se abrió la puerta de la habitación y alguien vestido de blanco apareció sonriente para preguntarle cómo estaba: era la enfermera. Bromeó algo con los niños, le miró los dedos y el vendaje, y le preguntó si se le había aliviado el dolor. Él contestó que estaba mucho mejor y que no sentía dolor.

- ¡Muy bien!, ¡me alegro! ¿Vio cómo, al fin, todo pasa? le contestó ella.

Él reconoció en el acto aquella frase, eso era lo que él había escuchado que le susurraban al oído, y, cogiéndola de la mano, le dijo:

- ¡Disculpe!, ¿cómo ha dicho?
- Que todo pasa y que nunca estamos solos le repitió ella con una leve sonrisa.

Él le apretó la mano, pero no fue capaz de articular palabra, el silencio ya fue una respuesta. No necesitaba decir nada, los dos ya sabían a qué se refería. Para ella, aquélla no era la primera vez que ejercía de Hada Madrina, ni la primera vez que la miraban de ese modo. No era la primera vez... y tampoco sería la última.



Todos podemos hacer de Hada Madrina en muchas ocasiones. Todos tenemos dentro un Hada Madrina para sacar en nuestra vida. Todos llevamos dentro, dormida, la magia para vivir. Falta que la descubramos y que queramos usarla, como esa enfermera que supo utilizarla, una vez más, para regalarla a alguien que la necesitaba.

Autora: Maricruz Martínez Loredo, enfermera

Cuidando vidas: experiencias y reflexiones de enfermería

Ilustraciones: Ana Espíndola, enfermera